

él un collar al ave y la dejé volar otra vez hacia la reja del calabozo del homicida.

## CLXXII

Mas así que este mudo mensaje quedó cambiado entre nosotros, no pude contener la alegría que me rebosaba interiormente: cogí llena de gozo la cornamusa colgada á la cabecera de mi cama, y sin tocar nada de seguido le hice despedir en desorden todas las notas sueltas y vivas que respondían como un eco embriagado á la embriaguez desordenada de mi propia alegría: asemejábase aquello á los himnos brillantes que se oyen al órgano de San Stéphanó en los días de fiesta entre las nubes de incienso, y que son como el *Te Deum* del amor. Toqué con tal entusiasmo piezas alegres y por tanto tiempo que el *bargello* me dijo al día siguiente:

— Tienes mal corazón, Antonio (asi era como me llamaba); tienes mal corazón cuando tocas tocatas tan alegres á los oídos de esos pobres del patio que lloran sus desgracias y sobre todo á los oídos del homicida, que cuenta sus últimas horas sobre la paja de su encierro.

## CLXXIII

Avergoncéme como si en efecto hubiese cometido una inconveniencia voluntariamente, bajé los ojos y callé.

No veía la hora que llegase la de ver á Jerónimo para saber de él los resultados de su confianza al padre Hilario. No pude acercarme á su calabozo hasta el anochecer, después de los oficios de la tarde que el anciano sacerdote vino á rezar, en la capilla de los presos. El *bargello* y su mujer habian asistido por devoción y por caridad antes de subir á su cuarto, dejándome el cuidado de apagar las velas y de arreglar todo en el claustro antes de irme á acostar. El *piccinino* dormía ya en la cama que se le habia hecho en un cajón al lado del de los perros bajo los primeros tramos de la escalera.

## CLXXIV

Más loco de alegría mal contenida que lo estaba yo misma me pareció Jerónimo en esta ocasión corria y saltaba en el fondo de su calabozo como

un cabrito cuando ve entrar en el establo á la pastora que va á abrirle la puerta de los campos : quiso besarme en la frente como los demás días, pero yo lo evité, diciéndole :

— No, no, cuéntame antes lo que ha pasado entre el Padre y tú. Tiempo tendremos para besarnos después. ¿Qué le dijiste? ¿Qué te contestó?

— Pues bien, dijo Jerónimo; poco me costó traer la conversación al punto deseado, porque él mismo, al verme tan pálido y triste, me pidió que le abriese mi corazón como le había abierto mi conciencia y le manifestase si me quedaba ante Dios algún deseo de venganza contra los que por malicia iban á ser causa de mi prematura muerte.

Entonces se lo confié todo, lo mismito que tú me dijiste, y me declaré incapaz de perdonar jamás en lo íntimo de mi corazón, ni en este mundo ni en el otro, á los que me habían separado de ti y á ti de mí, á menos de tener la seguridad al morir de que nunca serías tú de otro sobre la tierra y de que yo sería eternamente tu esposo en el paraíso.

Reprendiome bastante por tales ideas, que impedían que me absolviese hasta la última hora, puesto que él no podía perdonar en nombre de

Jesucristo á los que no habían perdonado; hízome rezar para que olvidase mi odio y venganza, pero esto no era posible. Mi resolución era inexorable, á menos de llevarme al otro mundo el anillo de nuestra unión.

El buen padre pareció reflexionar largo rato, y en seguida, levantándose para marcharse :

— ¿Me prometes, me dijo, si se te concede esa gracia del matrimonio *in extremis* con la que amas más que al cielo y que te ama más que á su vida; me prometes abrazar al jefe de los esbirros y perdonar á vuestros verdugos, en vez de maldecir en la hora de la muerte á vuestros enemigos?

— ¡Oh! ¡Mil veces sí! ¡Sí padre mío! exclamé; y lo haré de todo corazón; porque, ¿no deberé mayor felicidad que infortunio á los que me habrán dado así una eternidad con Fior d'Aliza por algunos miserables años sobre la tierra?

## CLXXV

— Bien, me dijo entonces, tranquiliza tu pobre alma enferma, mi querido hijo : lo que me pedís es muy difícil, tal vez imposible de obtener

de los hombres ; pero Dios es infinitamente más misericordioso que ellos, y el que trajo sobre sus espaldas al rebaño la oveja descarriada vuelve al gremio de la Iglesia por todos los medios el alma herida. No me atrevo á tomar sobre mí la gran responsabilidad de este casamiento.

Pero si Dios lo permite, si Cristo dice sí por el órgano de sus ministros, puedes estar seguro que me prestaré gustoso á presentar dos almas puras al Señor.

Voy en primer lugar á consultar al Obispo, tan piadoso como sabio, y subiré después á San Stéphano para obtener de mis superiores las dispensas necesarias : confiaré en seguida á tu madre y al padre de Fior d'Aliza el encargo sagrado que tengo para ellos ; y creo no me será difícil conseguir la autorización para que éstos entren conmigo en la cárcel á fin de recibir el último adiós del reo, y llevarse á su hija y sobrina, viuda antes de ser esposa, á su morada. Prepárate por la pureza de tus pensamientos, por la virtud de tu perdón, á la unión enteramente santa que deseas como una prenda del cielo, y sobre todo no dejes sospechar nada al *bargello* ni á nadie acerca del misterio que se realizará entre el obispo, tú, Fior d'Aliza, vuestros padres y yo : ; los ministros de Dios pueden comprender cosas

que jamás suscribirían los ministros de la justicia de la tierra !

Nos perderías á todos, y á ti el primero.

Bendíjome dichas estas palabras y yo besé sus sandalias.

He aquí palabra por palabra, lo que me dijo el padre Hilario ; pero comprendí perfectamente en su acento y semblante que tenía más confianza que duda acerca del éxito de su confidencia al Obispo y á sus superiores, y que en su pensamiento estaba ratificado ya mi deseo.

#### CLXXVI

Así pasamos aquella tarde y todas las siguientes ; corría el tiempo que para nosotros sólo duraba un minuto, hablando de unas cosas y otras ; de lo que harían nuestros queridos viejos bajo el castaño ; de lo que haríamos nosotros mismos, si por fortuna llegaran á tener fin nuestras desdichas, ya fuese por gracia del Duque, ya por la fuga que meditábamos juntos á algún país lejano, como Pisa, Las Maremmas, Sienna, Radiconfi ó los Apeninos de Toscana. Entregábase él con delirio á la idea de esa fuga lejana en la que yo sería todo un mundo para él y él todo un

mundo para mí, en la que ganaríamos nuestra vida, él con sus brazos, yo con la cornamusa, y en la que después de reunir algún corto peculio, construiríamos bajo algún otro castaño una choza que viniesen á habitar con nosotros mi anciana tía y mi pobre padre ciego, sin contar el perro, á quien nos guardábamos muy bien de olvidar.

Pero, sin embargo, haciendo como que tomaba parte en aquellos hermosos sueños, para animar á Jerónimo á que los forjara, ocultaba á mi amante parte de mi pensamiento, porque sabía que no podía asegurar su fuga sin entregarme en su lugar, á menos de perder al *bargello* y á su mujer que habían sido tan buenos para mí, y á quienes, por ningún concepto, quería sacrificar á mi dicha; pues ellos respondían de sus presos con sus personas, y lo menos que podía sucederles si me escapaba con Jerónimo, era que fuesen despedidos de un empleo que les procuraba la subsistencia, ó pasar por cómplices míos y ocupar en el calabozo el sitio del homicida y de su llavero.

No quería hacer esto porque no habría sido justo ni natural de un alma agradecida. ¡Volver mal por bien! ¿cómo era posible pensar siquiera en semejante cosa? Y luego, para decirlo todo, tenía otra razón para engañar un poco á Jerónimo

acerca de mi fuga con él de la ciudad, y es que no podía darle tiempo para asegurar su evasión sino dando que hacer por algunas horas á sus enemigos y entregándoles una vida por otra. Luego, poco me importaba morir con tal que *él* viviese para sostener y consolar á mi padre y á mi tía.

¿Qué era yo comparada con él? Sólo dos ojos para llorar. Esto no valía la pena. Mi resolución estaba tomada; sacrificarme por mi amante puesto que él vendría á unirse conmigo en el Paraíso.

## CLXXVII

Los ratos que pasábamos así dos veces al día, solos, en nuestro calabozo (pues verdaderamente era tanto mío como de él) haciendo castillos en aire, eran los más deliciosos que había tenido en mi vida. Hubiera querido que tales horas no pasasen jamás ó que todas nuestras horas pasadas y futuras fuesen contenidas en una de aquéllas.

Pero ¡ay! la sombra del claustro no dejaba por eso de crecer en el patio, ni las estrellas dejaban de levantarse en el pedazo de cielo que se divisaba desde el fondo del calabozo: era preciso separarnos, costara lo que costase, pues mi per-

manencia en el patio podía parecer demasiado prolongada al *bargello*. Su mujer y él estaban muy contentos de mi servicio, y no cesaban de felicitarse por mi fidelidad y asiduidad en el cumplimiento de mis deberes, mis atenciones con los presos, y cuidados con los perros y palomas. ¡Qué crimen no hubiera sido sumirlos en la ruina y en la cárcel en recompensa de su confianza!

## CLXXVIII

Al cabo de tres días, volvió el padre Hilario de su convento. Refirió á Jerónimo que el Obispo y el Prior no habían titubeado en otorgarle el consentimiento la autorización y dispensas eclesiásticas, motivadas en la salvación del homicida, á quien nada costarian la resignación y el perdón si moría con la certeza de volver á hallar en el paraíso de los arrepentidos, la unión eterna con la que amaba.

— Sé, le habia dicho el Obispo, que esa piadosa superstición es general en Luca y que no hay medio de desarraigarla, pero es la superstición de la virtud y del amor conyugal, beneficiosa para las costumbres: no hay pues inconveniente en condescender con ella por la fide-

dad de los esposos, y sobre todo por la salvación de los condenados á muerte.

El superior de San Stéphano habia dicho lo mismo. En cuanto á la madre de Jerónimo y á mi padre, ¿cómo habían de negar su consentimiento á la unión santa de todo lo que amaban sobre la tierra, sobre todo cuando esperaban que esa unión fuese tal vez la prenda de la gracia concedida á Jerónimo, y cuando menos de mi regreso á su lado, si acaso permanecía preso después de conmutada su pena?

Provisto el padre Hilario de todas estas autorizaciones, habia traído en su compañía á la ciudad á mi padre ciego con el perro que le guiaba y á mi tía. Llevólos, como dos mendigos sin asilo que habia encontrado en el camino, al convento de Luca que él mismo habitaba, y obtuvo para ellos un rincón oscuro en el pórtico. Allí recibían la sopa que se distribuía dos veces al día; de sus dos porciones separaban una para el perro, el pobre Zampona. El animal parecia comprender que habia algún secreto en todo aquello, y echado á los pies de su amo ó en el delantal de mi tía, los miraba con extrañeza y ni ladraba como hacia en nuestra puerta al pasar los peregrinos.

## CLXXIX

Tangan ustedes mucho cuidado, les había dicho el padre Hilario, de no revelar al *bargello*, á su mujer ni á otro alguno nada del secreto que media entre Jerónimo, Fior d'Aliza, ustedes y yo : un gesto sólo haría que se perdiese, no sólo la vida, sino hasta la salvación misma de vuestro hijo, si es que debe morir.

Así lo habían prometido mi tía y mi padre ; pero prefiero dejar á mi tía que cuente á su vez lo que se dijeron y pasó después entre ellos y Jerónimo, cuando se volvieron á ver, porque yo no estaba presente.

## CAPÍTULO VII

## CLXXX

Echóse á llorar la tía, ocultando el rostro con su delantal y pasado un momento me dijo :

— Perdóneme, señor, sólo de pensar en ello se me llenan de lágrimas los ojos.

Póngase usted en nuestro lugar ; dos pobres viejos privados, uno de la luz y la otra de su marido y ambos de sus queridos hijos ; él, yendo á buscar á su hija que tal vez no querría seguirle de tanto como amaba a su primo ; yo, á ver mi hijo al pie del cadalso ó cuando mejor fuera á la puerta de un presidio ; y él y yo sin otro apoyo en una ciudad desconocida que el de un anciano, tambaleándose apoyado en su bastón, pidiendo limosna para nosotros de puerta en puerta.

Y así entramos en Luca ; yo rezando el rosario

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
CALLE 2625 MONTERREY, MEXICO